

Quando quien se enamora es un sacerdote o una hermana¹

Alessandro Manenti²
Samuela Rigon³

En este artículo se agregan ulteriores consideraciones a lo ya sugerido por Paola Magna en su artículo publicado en este mismo número, dado que aquí la experiencia de enamoramiento es vivida por una persona que ya hizo una elección de consagración que va en otra dirección. Por lo tanto, se tendrá que considerar la experiencia en curso teniendo en cuenta la elección hecha (o que se está por hacer como ocurre en el caso de quien está aún en formación).

La confusión de Mario

Mario es un joven religioso de 30 años que se encuentra en el cuarto año de profesión temporal. Está estudiando teología y como experiencia apostólica desarrolla actividades con los ancianos. El equipo – en el que todos trabajan muy bien juntos - está formado por religiosos, religiosas, sacerdotes y laicos jóvenes y adultos. Poco a poco, Mario se da cuenta que su colaboración con una muchacha con la que trabaja se está volviendo mucho más que una relación fraterna de apostolado. El deseo de encontrar a Francisca - así bautizamos a la muchacha - se vuelve más intenso cada día, y Mario empieza a esperar con creciente ansiedad y nerviosismo el día en el que el equipo se reúne.

Después de un tiempo de malestar y pudor Mario se confiesa a sí mismo que está enamorado de Francisca. Siente gran desconcierto y confusión, y reacciona – más por el apuro de salir de la tensión y del malestar que por la convicción – diciendo que se enamoró y entonces el camino religioso no puede ser el suyo.

En el pasado, durante la experiencia vocacional, Mario se había dado cuenta que alimentaba sentimientos especiales hacia una muchacha de la parroquia. El director espiritual le aconsejó cortar inmediatamente los contactos con ella.

Mario lo hizo con cierto orgullo pero también mucha rebelión interna. Cuando, aún con el pasar del tiempo, recuerda la atracción por esta muchacha habla de ello como de una enfermedad.

1 MANENTI, Alessandro & RIGON, Samuela, «Quando ad innamorarsi è un prete o una suora» en *Tredimensioni* 4(2007) 292-301. Traducción: Fátima Godiño. Montevideo, 2012.

2 Psicólogo y psicoterapeuta, Reggio Emilia (Italia).

3 Psicóloga y formadora de las Hermanas Franciscanas de la Dolorosa, Asís (Italia).

La convicción de Daniela

Queridísima hermana María. Decidí escribirte aunque sé que nos hemos encontrado hace pocos días... Cuántas pequeñas cruces, cuántos sufrimientos, quizás insignificantes, pero no para quien los carga en sus propias espaldas.

Como te dije, decidí no huir, no buscar el camino más cómodo. Comparto tus preocupaciones y preguntas, encuentro importante lo que me has dicho, tus recomendaciones, ponerme en guardia continuamente (debes hacerlo por tu posición de formadora de junioras!), pero estoy segura de la bondad de lo que estoy viviendo. Carlos es verdaderamente una persona especial, un don del Señor para mi camino; él me ha ayudado a profundizar el sentido de mi vocación consagrada, a abrir el corazón a la misericordia de Dios.

En la comunidad en la que estaba antes habían demasiadas personas difíciles, todas metidas en el trabajo pero ninguna que te diera un abrazo; jamás ninguna tenía tiempo para mí cuando regresaba de las clases de la universidad. La tristeza de aquellos días me hacía llorar mucho escondida, pero no me parecía justo dejar ver todo aquello a las otras, en particular a la superiora; se hubiera preocupado mucho y también hubiera comenzado a preguntarme continuamente dónde iba y cuándo regresaba.

Ahora ni siquiera tengo necesidad de tomar los medicamentos que me dio el doctor para el cansancio, no tener apetito y dormir poco. Actualmente tengo claro que quiero seguir al Señor y no veo estos encuentros con Carlos como un obstáculo o un peligro, sino como una bendición. Es maravilloso sentirse entendida, estimada, apoyada por esta persona de gran fe... rezo con más entusiasmo y alegría, el pensamiento de él me lleva a Dios.

Como tú sabes, te estimo y te quiero... Últimamente evité hablarte de estas cosas, creo que tengo que hacerlo sola... Te saludo esperando aquel abrazo afectuoso que nunca me das, Tuya, hermana Daniela.

¿Y ahora?

Dos episodios de enamoramiento, dos historias diversas. Por una parte la duda de Mario sobre la verdad de la propia vocación, el apuro y la ansiedad de salir de una vivencia emotivamente incómoda e interiormente cansadora, una historia pasada mal resuelta. Por la otra parte, la convicción (quizás excesiva) de continuar en el compromiso vocacional, eludiendo la confrontación más directa con la propia interioridad y creyendo haber elegido mientras, de hecho, queda el riesgo de seguir los sentimientos del momento.

Entonces, ¿qué hacer con Mario? ¿Sacarle el encargo de la pastoral diocesana? Y Daniela, ¿debe cambiar de universidad o de comunidad? ¿Es mejor ser más firmes y vigilantes en relación a ellos, o quizás sea más oportuno dejarlos hacer otras elecciones y aconsejarles seguir el corazón, visto que, en el fondo, aún no han dado pasos definitivos en el compromiso vocacional?

Son todas posibilidades concretas, son todos caminos transitables, pero ¿cuál camino lleva a una mayor promesa de bien y de verdad, y puede revelarse más respetuosos de las personas en cuestión?

Ciertamente ser vigilantes es una cosa útil; preguntarse si el Señor está abriendo otros caminos y proyectos diversos es una buena pregunta, pero ¿no será necesario acaso recorrer otros senderos, quizás más largos y empinados? ¿No será necesario despertar otras preguntas, quizás más exigentes y provocativas, pero que implican mayor autenticidad?

¿Cómo plantear el problema?

El educador a menudo no se encuentra preparado para acompañar con una presencia que sea empática y capaz de provocar pasos que sean verdaderamente maduros y que ayuden a madurar. Es más fácil caer en las posiciones espontáneas de aceptación o de demonización de la situación.

- *Reacción de pánico* (rechazo indiscriminado):
«Estás viviendo un momento de tentación; la carne quiere salir con la suya. Huye: al diablo no hay que mirarlo nunca a la cara».
«Te estás eludiendo: en esta vida nadie puede satisfacer plenamente los deseos del corazón. Sólo Dios lo puede hacer».
- *Reacción empática* (aceptación indiscriminada):
«Sí, entiendo.... es muy bello lo que estás viviendo: tu enamoramiento habla de la belleza y del don sublime del amor recíproco».
«La intensidad de lo que experimentas revela la profundidad de tu corazón y te hace tocar con mano propia la fuerza irresistible y maravillosa de tu deseo de amar».
- *Reacción sensata* (asumir la situación sin culpa pero también sin sufrir pasivamente la influencia):
«La primera cosa para hacer es no sacar conclusiones apresuradas sino darse cuenta de lo que realmente te está pasando».
«Lo que estás experimentando puede tener muchos y diversos significados y deberías entender dónde está tu mayor bien».

Las dos primeras reacciones están equivocadas porque realizan un juicio sobre el estado de la situación, oponen enamoramiento a elección vocacional, obligan a tomar una decisión drástica y apurada que será en la línea del sentimiento (si se abandona) o en la línea del deber (si se continúa).

La tercera modalidad de intervención encuadra los dos datos (elección vocacional y enamoramiento) en la complejidad de la vida (si la vida sigue siendo vida, prevee varias experiencias que son diversas y también contradictorias) e invita a entender la información (datos) con su mensaje profundo para llegar después a un modo de gobernar el propio futuro (cualquiera sea la forma que éste tome) sin reducirse a seguir decisiones de «implosión» (si se sigue adelante) o de «explosión» (si se abandona). El objetivo no es «safar» y liberarse de todo lo ante posible sino dejarse guiar por el máximo bien en la elección de

bienes/valores diversos. Indistintamente de la salida que se tome, lo que tiene que prevalecer es que la elección hecha fue elegida por la persona porque era la mejor opción entre todas las existentes: para que ella ame con *todo* el corazón. Por lo tanto no se trata de favorecer que gane uno u otro contrincante sino que no renuncie a «amar con todo el corazón, toda la mente, toda la voluntad». Usando este criterio toda elección práctica podrá considerarse sensata o engañosa. La presión de la duda sobre qué hacer se reduce al considerar un tercer elemento: la lógica de lo «mejor» que no puede ser evitada. El don de sí a medias es una mala premisa para el suceso, indistintamente del camino que se tome.

Sin este criterio más amplio el evento del enamoramiento, aislado del contexto más amplio de la vida (qué quiere decir elegir; cómo se hace para realizar buenas elecciones; cómo entender si estoy construyendo sobre roca o sobre arena...) sólo da informaciones que tienen un efecto de amputación. La duda hamletiana entre quedarse o salir debe transformarse en la tarea más exigente de poner la propia elección en un futuro de garantías. Si no se pasa a este nivel, no quedará más que amputar uno u otro polo del dilema y se levantará una inútil barrera entre lo que se está haciendo y la felicidad que se persigue con este hacer. Cuando no se conecta el hecho del enamoramiento con el contexto más amplio de la vida, el enamoramiento sólo puede desestabilizar. En cambio, cuando la persona se da cuenta que en dicho hecho hay toda una serie de preguntas vitales, se lo vuelve a llenar de vida y se lo puede tratar como un "gimnasio" (providencial) para ejercitarse en los significados de la vida y no solamente en los significados de lo que actualmente ocurre.

Un itinerario posible pero en repecho

Considerado el contexto en el que se presenta el problema se puede entonces leerlo directamente.

- El enamoramiento no es signo de falta de vocación para la vida consagrada ni tampoco es signo de haberse equivocado de vocación. Es más, puede ser la ocasión para su profundización, sobretodo para quien hasta ese momento ha vivido una vida poco afectiva. En toda vida, la trama del encontrar y permanecer se cruza con la del perder y partir. Si la elección hecha tuviera magnéticamente pegada a la persona a sí, cada raspón sería un golpe y nos llevaría rápidamente a casa. En cambio, antes y también después de haber elegido, queda la libertad de elegir y re-elegir.
- El enamoramiento es un evento pre-decisional y como tal debería ser vivido. El mismo interesado/a «teme» que sea así (de hecho está perplejo), aún si el fuerte componente emotivo tiende a hacerlo vivir la experiencia como inicio de una nueva fase de vida. En cambio, es una fase de moratoria que informa que el sujeto está incierto sobre qué orientación seguir. No informa que ha cambiado de orientación. Cuando un seminarista o un religioso/a se enamora, el enamoramiento no traspasa el umbral de la decisión: introduce desequilibrio pero no inaugura un nuevo futuro. Cuando lo hace, empuja a tomar decisiones riesgosas. La ecuación: «me enamoré por lo tanto salgo del seminario» no tiene sentido. Que la persona enamorada (como en el caso de Daniela) no crea que por sentirse aliviada de su pesadilla

anterior encontró ya la solución a sus problemas. Está todo por definirse. Sin el poder de tomar una decisión, el enamoramiento es una provocación a reflexionar sobre la elección hecha sin despreciarla, sin decidir nuevamente y también sin confirmar la decisión anterior. Por lo tanto se puede decir que es un evento normal también en la vida consagrada, en el sentido que es una de las muchas formas que tiene la vida para expresar su vivacidad, ciertamente no atenuable ni siquiera por una elección de vida consagrada. El enamoramiento en cambio se vuelve anormal, y por ende peligroso, cuando esclaviza la vida y la ata a sí, imponiéndole las formas como tiene que expresarse.

- Entonces, ¿dónde está el peligro de este momento? Más allá de las situaciones personales no catalogables, se puede buscarlo en dos factores. El primero es el posible estado general de debilidad anterior al enamoramiento que constituye el factor de predisposición y/o precipitante. Es el caso por ejemplo de años de soledad, constante frustración en el trabajo, malestares institucionales, fuertes desilusiones, una vida de oración pobre o privada de deseo... El segundo factor es la debilidad actual de la persona enamorada para acoger las preguntas vitales que el estado actual le propone. El hecho de haberse enamorado le re-propone la dura responsabilidad de re-apropiarse del gobierno de su vida con el riesgo de quedar atrapado en la maraña de iniciativas hechas «en caliente» pero no queridas «en frío». Y se las devuelve - aquí está el agujón - justo en el momento en el momento en el que la persona está vulnerable e inquieta. La primera que se asusta es la persona... y no por estar enamorada, sino por la débil capacidad de reservarse, aún en este estado, la capacidad de guiar y decidir. Llegado este momento es importante que haya una presencia amiga que ayude a la persona a no asustarse por el momento vivido y tampoco a auto-guiarse, sino que la renueve en la confianza en su señoría sobre la propia vida no obstante todo lo que siente (y lo que hace).
- El punto en cuestión - conviene repetirlo - es la lógica de la totalidad. El enamoramiento re-propone la verificación de la disponibilidad total en términos (finalmente) no intelectuales. No pone el dilema de cuál «tú» elegir, si el divino o el humano. El camino hacia una solución es entregarse totalmente, independientemente del tú elegido y si se elige ese tú es porque con ese tú, y no con otro, se concreta el máximo de donación de sí. El enamoramiento de Mario no hace que compitan Dios y la mujer amada, pero tampoco - como piensa Daniela - coloca a Dios y al hombre que ama en espontánea consonancia. Sería insensato dejar la vida consagrada para elegir un amor más fácil.
- La información más importante, decisiva para el proceso y el éxito, está dada por la presencia *efectiva* (= no solamente intelectual y volitiva) de los contenidos vocacionales en la vida global del sujeto, antes e independientemente de haberse enamorado. Si el enamoramiento se realiza en el contexto de una historia vocacional débil, es éste el problema y el enamoramiento es sólo el efecto. Es más favorable la situación en la cual la elección del sacerdocio o vida consagrada continúa siendo *afectivamente* sentida como positiva si bien en el momento actual se vive con culpa e incertidumbre.

Dos posibles interpretaciones psicodinámicas

Si así se presenta la jugada, nos damos cuenta que el enamoramiento puede asumir dos interesantes significados y sólo aparentemente paradójales.

Provocación. Es fácil que el enamoramiento suceda justo cuando el sujeto se encuentra en una fase que le exige un salto en su desarrollo. En este caso enamorarse es, por así decirlo, una provocación que nace desde el nivel de maduración alcanzado hasta ahora para «obligar» a la persona a pasar a uno nivel más maduro: una provocación de la psique a pasar de la aceptación - ya hecha - del objeto de la elección, a la verificación de la propia disponibilidad para envolver totalmente de amor al objeto. Cuando es así, se enamorarían aquellos más disponibles a crecer en la vocación sacerdotal y religiosa. En cambio, la novicia o el sacerdote que archivan como ya resuelta y dada por descontada su elección de Dios, y prosiguen «en punto muerto» porque por ahora no tienen nada más que alcanzar, como personas “congeladas”, están menos expuestas al riesgo del enamoramiento. Esta es una prueba sorprendente a favor de nuestra tesis: el enamoramiento no mata a la vocación. Cuando lo hace quizás simplemente constata que no había dicha vocación.

Apuesta. No es extraño que quien encontró a Dios y continúa buscándolo, alguna vez lo boicotea por miedo a encontrarlo más profundamente. A veces sucede que el haberse enamorado tiene el significado de congelar el salto de madurez en la propia vocación que todavía se espera, se desea y se quiere, pero que se teme poner en movimiento porque podría resultar incontrolable. Todo está listo para crecer en el bien ya elegido pero he aquí, extrañamente (?), que el sujeto se enamora. No de su vocación previa y que ahora se da cuenta que está pronta a elevarse a un «más» de hombre/mujer. Cuando es así, el enamoramiento es una resistencia inconsciente a profundizar la vocación de siempre que se espera profundizar, pero se tiene miedo de hacerlo. Parece absurdo: hacer un exorcismo para que no se realice aquello que se desea ardientemente. Deseos de profundizar un bien se lo evita por miedo de encontrarlo. Es como cuando decimos «es demasiado bello para ser verdad» y en el gozar del bien adoptamos medidas para que el bien no se realice. ¿Por qué hacer un exorcismo en lugar de trabajar el asunto? Más allá de las razones subjetivas que varían de caso a caso, existen dos razones que valen para todos porque son inherentes a la dinámica de la decisión vocacional. La primera es que la elección vocacional tiene también aspectos que son objetivamente dolorosos y profundizarla significaría agudizar dichos aspectos con un exceso de dolor (amar al prójimo es incómodo, pero amarlo más es aún más incómodo). La segunda es que la profundización deseada implica desarrollos ignorados y no programables, y por lo tanto temibles.

→ En síntesis: es importante que el educador “no tire rápidamente la toalla”. Cuando parece que la gente no cree más en las cosas bellas no es solamente porque se limita a creer sólo en lo feo sino porque aún cree demasiado en lo lindo. Demasiado bello para ser verdad. Justo porque aún creemos, lo boicoteamos, por miedo a que pueda existir verdaderamente y por ende ampliar el dolor y el miedo. El deseo sobrevive pero matamos al objeto que puede realizar aún más aquel deseo sustituyéndolo por otro objeto de amor (y a veces en los «ex» aquel objeto continúa sobreviviendo como nostalgia y tormentosa presencia).

Una posible lectura

En un nivel más inmediato el problema es el conflicto entre afectos e ideales vocacionales: por una parte la vocación con su exigencia de reservarse para el Reino y por otra, el amor por una mujer/hombre. Si el educador queda atrapado en este nivel, propone un pacto estableciendo un conflicto de consciencia, o propone una ascesis donde el ideal de castidad se vuelve un ideal de mortificación de los afectos que, antes o después, perderá ante la fuerza de dichos afectos.

En un nivel más profundo y basándonos en lo dicho anteriormente, en el problema afectivo está apareciendo una nueva etapa en la historia de la propia vocación que en otras ocasiones se había solamente intuido. El problema afectivo advierte que se está abriendo una confrontación más abierta consigo mismo y con el ideal que ya pertenece al sujeto pero que ahora requiere ser vivido de una forma más plena. Es en el nivel de esta mayor intimidad que Dios interpela, no a nivel de renuncia de afectos o de sexo. El dilema no es entre un amor humano o un amor consagrado. El peligro no está tampoco en haber cedido a la fascinación de los reclamos del corazón humano sino el de hacer callar a Dios en el momento en el cual Él llama a una nueva intimidad con Él. El peligro del enamoramiento advierte al sujeto de otro peligro más grande, el de distraerse en caminos secundarios para evitar encontrarse con el tú – cualquier que éste sea – dadas las extremas consecuencias del encuentro.

Desde esta óptica, es verdad que Mario debería renunciar a Francisca y Daniela a Carlos, a la relación que podría crecer y a lo que podrían construir juntos. Sin embargo dicha renuncia correría el riesgo de ser algo externo o incompleto (con el riesgo que, antes o después, el objeto del enamoramiento asuma otro rostro u otra forma). En el horizonte está otra renuncia más personal: la renuncia a aquella forma específica de ser varón/mujer, que la presencia de Francisca/Carlos evoca hoy como posibilidad concreta.

Todo lo dicho hasta ahora no entra en el significado subjetivo y totalmente original de cada historia. Se detiene antes, proponiendo al educador una forma de acoger la confidencia, una posible llave de lectura y una dirección en la cual buscar la solución. Queda la tarea sucesiva de contextualizar lo que aquí se propuso entrando en la vivencia única e incomparable de la persona que se tiene adelante. Por otro lado, lo que aquí se propone nos enseña a nosotros educadores que toda crisis en la vida puede constituir simplemente un peligro y una falla, o un crecimiento y una maduración capaz de desvelar un poco más en profundidad el misterio del corazón humano y, quizás también una nueva faceta del rostro de Dios.

Al final, cualquiera sea la decisión madurada por Mario o por Daniela, esperamos que sea una decisión por un «más», habiendo comprendido el inevitable precio que hay que pagar para un mayor compromiso de sí mismo que quiere ser íntegro y no por la mitad. Si es así, atormentarse vale la pena.